

# Las influencias iniciales en Antonio Nariño

Escribe: ALBERTO MIRAMON

No es una mera casualidad el hecho de que Antonio Nariño viera la luz en Santa Fe en el mismo mes y año en que se concluyó en París la publicación de *La enciclopedia*; entraña toda una admonición del destino. Porque de ese modo, aparentemente coincidencial, el renacimiento borbónico, fugaz en España y mal acogido por la nación, cuyas actividades eran contrariadas por las reformas de Carlos III, se había extendido ampliamente en las provincias de ultramar, en donde todo parecía, al contrario, presagiarle un fecundo porvenir.

Con ánimo benevolente y corazón ligero se fue concediendo, en las altas esferas ultramarinas, la razón teórica al reformador de *El contrato social*, al extremo de desearse la regresión al estado de la naturaleza, que devolvía a la humanidad dolorida, como indica un autor, la ventura despilfarrada en erradas organizaciones. La moda intelectual ordenaba tener por mal construída a la sociedad existente, que levantaba sus paredes maestras sobre cimientos de opresión. Las agrupaciones humanas no debían reconocer otro origen que el mutuo consentimiento entre sus componentes.

Con tales principios, los rumbos de la educación padecieron un vuelco y las páginas del *Emilio* indicaron las rutas prácticas del flamante credo, contradictorio con todo lo existente.

Antonio Nariño, como después Simón Bolívar, fue uno de los contados americanos educados a la moderna, formados intelectualmente para hombre libre. “Para hombre libre”, según Rousseau. Ambos aprenden antes que nada, a ser fuertes de alma y de cuerpo. Y por ello, ambos llegan a ser como la manifestación humana de toda una época, su alma y representación verdaderas en el suelo americano. Nariño —como Bolívar en Caracas— no vistió la beca de ninguno de los planteles de educación que había entonces en su ciudad natal. Apenas si se ha podido establecer —gracias a don Guillermo Hernández de Alba— “que cursó las clases de Gramática y Filosofía en el Real Mayor y Seminario Colegio de San Carlos”.

Se instruyó en los libros de su padre y principalmente se educó en el ambiente señorial de su casa solariega, indican de pasada los biógrafos; pero el dato es de gran significación.



Alguno da por sentado que, desde la primera aparición del raciocinio en esta naturaleza indomable, sus padres se habían hallado impotentes para someterlo a una disciplina escolar. Pero Nariño sí se instruyó en forma sorprendente, aunque con una carencia completa de método, lo cual derriba el aserto de su naturaleza rebelde a una disciplina escolar.

Otro afirma que su complexión débil, la tendencia a sufrir del pecho, mal conformado, mantiene a su familia cuidadosa y le inspira temores sobre el porvenir del infante hasta el punto de determinar a sus padres a la resolución de que no vista, como sus hermanos mayores, la roja beca del Colegio de San Bartolomé ni tampoco la blanca, ornada con el escudo de Calatrava, del Mayor del Rosario.

Y “por gusto propio y mandato del médico, las horas de estudio de Antonio Nariño alternan con los ejercicios que se consideraban más saludables y entre ellos, en primer término, la equitación. El gusto por los caballos se revela desde las primeras iniciativas y ha de durar hasta el último día”.

No es mera coincidencia sino hecho verdaderamente extraño en la niñez de Nariño y de Bolívar, hecho explicable no solamente por la delicadeza y mala salud de los infantes, sino por el influjo de las ideas educativas rusonianas, la de que ninguno de los dos concuriera regularmente a las aulas escolares. El detalle además, es de especial significación e importancia para comprender el espíritu especial de la época.

A medida que avanza el siglo —indica un bien informado autor— aumenta la influencia francesa. Todo el antiguo recato ha perecido. Llevábanse antaño los mantos amplios, largos, flotantes; se han acortado ahora tanto que las damas lucen desenfadadamente en la calle su gentileza. La afición a la lectura de los grandes autores franceses no tardó en convertirse en verdadera pasión. A su sortilegio se entregaron los criollos y no pocos peninsulares radicados en el Nuevo Mundo con toda la vehemencia de sus naturalezas generosas. Con razón decía el padre Vélez en sus prevenciones contra la irreligión: “Nuestros niños aún no sabían el catecismo, y ya hablaban el francés”.

Viva ansia de conocer se apodera de los espíritus —anota Azorín estudiando el siglo XVIII— todos batallan por la filosofía moderna. Como se lee en *El tocador o el libro de la moda* nuestros petimetres forman algunas veces una especie de muralla en su tocador con una porción de libros, la mayor parte extranjeros.

Novadores habíalos por doquier. Propágase además la prensa; por España y sus Indias corren las revistas extranjeras y, consecuentemente, el hábito de observación y realidad ha de propagarse de la ciencia a la política.

*Las luces*, según la terminología de la época, eran el foco de la felicidad, así en los pueblos como en los individuos; Kant, el primero de los historiadores de la evolución espiritual acaecida en el siglo XVIII, las define diciendo que son lo que hace salir al hombre de su minoridad o sea de la incapacidad en que se encuentra de usar de su inteligencia sin ser dirigido por otro. Ellas habían de tener un carácter expansivo; par-



tiendo de una minoría de filósofos tienen por fin alcanzar los últimos estratos de la sociedad. Las luces o su sinónimo, la ilustración, para ser difundidas suponen "la libertad de hacer público uso de la razón", lo cual a su vez engendrará el deseo de la libertad política en el súbdito que aspira a convertirse en ciudadano.

Surge el despotismo ilustrado como medio o sistema de gobierno que mientras de un lado siembra las ideas que han de dar lugar más tarde a la revolución, de otro quiere contener sus efectos mediante arbitrarias disposiciones, lo que a la postre lo torna más rígido que el absolutismo tradicional.

Estudiando la renovación política de España durante el siglo XVIII, escribe P. Sagnac, que el Estado, como organismo social tiene por función esencial hacer la felicidad de los súbditos. Pero de esta felicidad, los soberanos son y se consideran los únicos jueces. Hacen felices a sus pueblos de acuerdo con sus ideas propias y en caso necesario por la fuerza: es el despotismo como en el siglo XVII, pero un despotismo ilustrado, conforme con los preceptos de la razón, en perfecta armonía con el movimiento intelectual y racionalista del siglo.

La razón es la suprema deidad que impulsa toda la evolución del siglo XVIII, y por ella, el hombre nuevo, el criollo ilustrado americano, no se contentará con aceptar los viejos sistemas políticos en que naciera. A la política aplicará el mismo método que a la investigación científica; se rompe aquí también con el viejo sistema deductivo y se descompone la realidad hasta en sus últimos elementos. Cuánta razón asistía a don Marcelino Menéndez y Pelayo al escribir que los gobernantes españoles no llegaron a pensar que el espíritu ardiente de los criollos no había de contentarse mucho tiempo con la ciencia pura, sino que habían de lanzarse rápidamente a las extremas consecuencias políticas que en aquellas culturas venían envueltas.

No existió una ilustración española, porque no existió en España un cuerpo de filósofos y tratadistas políticos imbuídos en las nuevas ideas, escribe Miguel Artola. El movimiento, en lo que puede considerarse de espíritu racionalista, vendrá de afuera: la enciclopedia es, en cierto modo, la cristalización y consagración de las formas políticas de la ilustración al tiempo que el punto de partida de la ideología revolucionaria.

La imprenta, el vehículo de las luces, como la definió Camilo Torres en su *Memorial de agravios*, da un gran salto, se transforma radicalmente; en Santafé, comienzan las publicaciones periódicas y a su sombra, amparadas por su espíritu que se filtra en todas las capas sociales han de incubarse los principios revolucionarios.

A la revolución política precede una previa rebeldía en el campo del pensamiento, cambio que haciendo tabla rasa de todo lo anterior, favorezca la aparición de un nuevo mundo. Aumenta la libertad de las ideas y de las costumbres; aumetan al propio tiempo en los gobernantes la opresión. Robustécese más que nunca el regalismo. "Todo se sufre —comenta el poeta Jovellanos en su *Memoria* sobre la policía de los espectáculos— pero se sufre de mala gana; todo se sufre, ¿pero no temerá las consecuencias de tan largo y forzado sufrimiento...?"